

AMAMOS LOS UNOS A LOS OTROS



(Libro de escuela)

VICENTE MEDINA

Año 1918

Obras de Vicente Medina

Poesía

Volumen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908, con doce juicios críticos de escritores ilustres.

La Canción de la Huerta

Aires murcianos. — Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

La Canción de la Vida

POESIAS con autobiografía.

Alma del Pueblo

Primeros ensayos poéticos.

La Canción de la Muerte

Cuadros en prosa. — Páginas de intenso pesimismo.

Abonico

Poesía. — Las cartas del emigrante. — Nuevos Aires Murcianos.

Canciones de la Guerra

Poesía. Piadosa lamentación, queja angustiosa, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres. Esto es este libro.

Teatro

EL RENTO. — LA SOMBRA DEL HIJO.
EL ALMA DEL MOLINO. — ¡LORENZO!...

Obras dramáticas inéditas

LA PENA DUERME. — LA COPLA TRISTE.
EL CALOR DEL HOGAR. — EN LO OSCURO.
LOS PÁJAROS. — LA FIESTA DEL MAR.
EL CANTO DE LAS LECHUZAS.

3-A-23

AMAMOS LOS UNOS
A LOS OTROS

(LIBRO DE ESCUELA)

VICENTE MEDINA

AÑO 1918

Archivo M. Murcia



1008313
3-A-23



R. 10.565

DEL MISMO AUTOR, PARA ESCUELAS

EN PREPARACIÓN:

CANCIONES DE NIÑOS



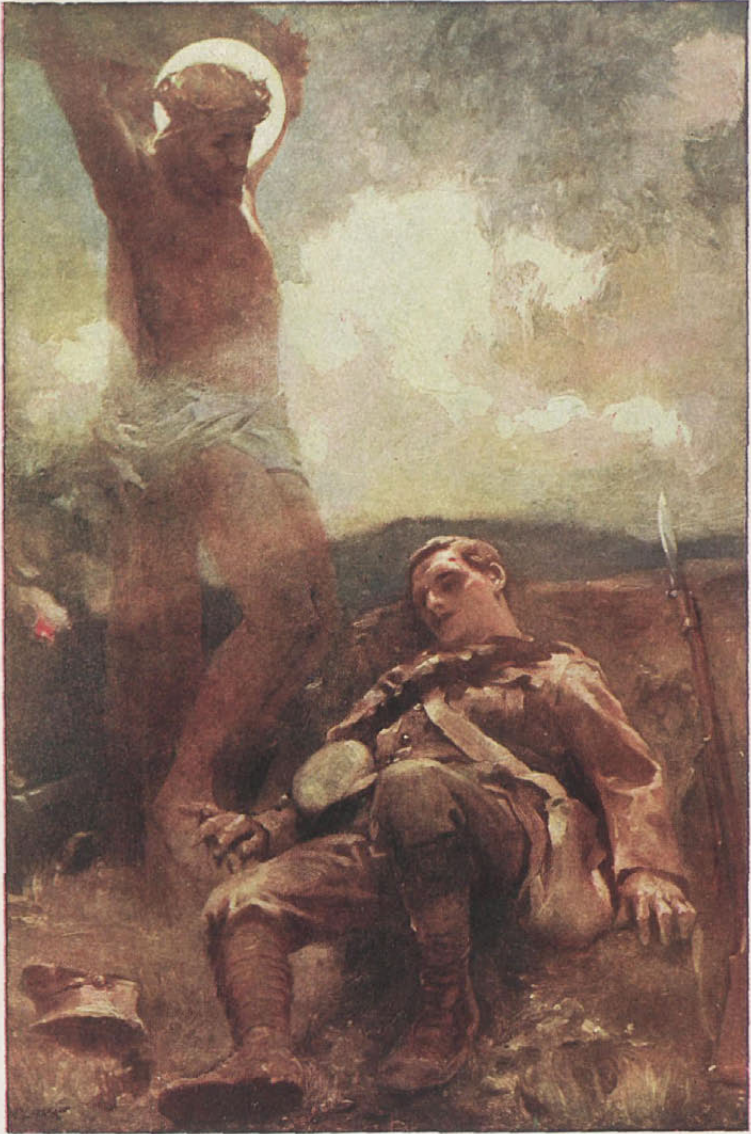
¡Vivas! ¡Dios la esperanza!
Ficente Medina

Los grabados de esta obra

Con motivo de la guerra, se han publicado páginas gráficas tan emocionantes, tan artísticas, tan elocuentes, que hemos recogido algunas para reforzar nuestros trabajos de tendencia piadosa y pacifista.

A los autores y revistas de que han sido tomadas esas ilustraciones, pedimos generosa disculpa, en gracia a la buena intención que nos guía en esta invasión de sus derechos de propiedad.

Esta inocente invasión es bien distinta a otras que tanto han de ser lloradas por los hombres.



CRISTO

*El que no ama, no conoce a Dios;
porque Dios es amor.*

San Juan Apóstol.—Cap. 4 - Vers. 8.

Ved en la cruz el mártir de su amor infinito . . .
¡es el Dios del perdón! . . . Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente
y, eternamente abiertos,
¡tiende a los hombres los amantes brazos! . . .

Amémonos en él, y redentora,
su dulce ley de amor haga la vida
reino de Dios, de paz y de ventura . . .
¡Amémonos en él, hombres, hermanos! . . .

Amémonos, y el fuego de nuestro amor extinga
rencores miserables, diferencias
de clases y de razas, de sectas y de cultos . . .

Borre nuestra bondad y tolerancia
todo humano delito . . .
¡condene nuestro espíritu piadoso
castigos y torturas y crueldades! . . .

Inagotable nuestro amor, conquiste
la alta prerrogativa de los reyes,
y sea patrimonio
de todos, el perdón, que haga, en los campos
de abrojos y de espinas,
¡brotar hermosas flores!...

Hagamos la sencilla vida de los oscuros,
y el esplendor y fausto que resaltar nos haga,
estribe en que tengamos
tesoros de bondad... Hermanos, hombres,
¡de la humildad y del amor, tan sólo,
exista la opulencia!

.....

¡Vedlo en la cruz!... Al mundo,
el esplendor de su bondad, cegara...
¡es el mártir sublime de su amor infinito!...
¡el Dios de la piedad!... Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente,
y, eternamente abiertos,
¡tiende a los hombres los amantes brazos!



LOS NENES QUE NO TIENEN CASA

El nene está viendo estampas de la guerra, y pregunta:

— ¿Y estos nenes?

— Estos nenes, ¡pobrecitos!, se marchan con su mamá, porque los soldados les han hundido la casa.

— Y, ¿por qué no se meten en la de al lado?

— Porque los soldados y los hombres han hundido y cerrado todas las casas del mundo.

— Pero, mamá, la nuestra no está cerrada, y yo quiero que todos los nenes que no tienen casa, se vengan a ella.



VOY CON VOSOTROS

Soldados, carne de cañón, soldados,
pedestal de tiranos, sostén de los imperios...
Soldados, alegría de vuestras madres, víctimas
inocentes que vais al matadero...
juventud, esperanzas, ilusiones,
tesoros de energías, vida de todo un pueblo,
sangre preciosa a mares derramada
en el más insensato de los duelos...

Soldados, con vosotros al campo de batalla
marcha mi pensamiento...
Al infortunio os sigo... la victoria
no pido azuzador ni la deseo,
porque de otros soldados, de otras víctimas,
ha de ser la derrota el triunfo vuestro.

Voy con vosotros triste, atribulado...
Como máquinas, vais sin pensamiento...
sois la muerte acechados por la muerte...
sois lobos y corderos...
Avalancha, legión, libertadores
y opresores a un tiempo...
Habéis partido alegres e impetuosos

como si nada fuese a conteneros
y caeréis en los campos...
¡Cuántos vais y qué pocos regresaréis luego!

Voy con vosotros, ¡pobres!
vuestra fatiga y vuestra angustia siento...
bajo el candente sol achicharrados,
jadeantes, sedientos...
bajo la lluvia torrencial, calados,
entumecido el cuerpo...
bajo la nieve helada
ateridos y yertos...
bajo el fuego enemigo, resignados y tristes,
¡a la muerte derechos!

LOS JUGUETES

— Papá, ¿de dónde vienen los juguetes?

— Vienen, mi hijito, principalmente de un país que casi todo él no hace otra cosa que juguetes y juguetes para los niños.

— ¡Cuántos juguetes!

— Muchos, hijo mío. La venta de esos juguetes importa mucho dinero... , millones...

— ¡¿Millones?!

— Sí, millones, mi hijito.

— ¿Y compran todos esos juguetes?

— Sí: se venden cantidades inmensas. Ese país llena de juguetes el mundo entero.

— ¡Qué buen país!... ¿Y los papás compran todos esos juguetes?

— Sí, mi encanto: los papás los compran todos.

— ¡Cuánto papá bueno hay en el mundo!

— Y, oye, papá: dicen que este año no hay juguetes por eso de la guerra.

— Así es, hijo mío: la guerra es una cosa muy mala: priva de juguetes a los niños... , ¡y los priva también, mi hijito, de los papás buenos!

— Escúchame, papá; no estés pensativo . . . Dime: ¿Y ese país tan bueno que hace los juguetes, seguirá haciendo juguetes y juguetes para mandarlos cuando se acabe la guerra?

— No, hijo mío: ese país no puede ocuparse ahora de hacer juguetes.

— ¿Pues quién hace los juguetes en ese país?

— Los hacen las mujeres y los niños.

— Y, ¿qué hacen ahora, que no se pueden ocupar de los juguetes?

— Se ocupan de fabricar armas para la guerra.

— ¡Qué lástima! ¡Tan lindo que es hacer juguetes!

— Sí, ¡hijo mío!

— ¡Un país tan bueno que hacía juguetes para los niños de todo el mundo! . . .

— Sí, mi hijito: los que hacían juguetes, ahora fabrican armas y hacen la guerra, y por eso hay tantos niños en el mundo que se ven sin juguetes y sin papá.



LA VOZ DEL SOLDADO

(CANCIÓN)

Por donde pasas
 se alza tu voz:
 das vivas a la patria,
 das vivas al honor...
 Dime, soldado, entonces,
 ¿cómo tu voz,
 en vez de confianza,
 sembrando va el terror
 y espanto da sentirla
 y hiela el corazón?...
 Es que tu voz
 no es una voz de amor...
 ¡y es que tu voz
 es el trueno del cañón!...
 Es que tu paso marca
 la destrucción
 y dejas un reguero de lágrimas y sangre,
 de muerte y de dolor...
 ¡Es que tu voz
 no es una voz de amor!

LO QUE TRAEN LOS REYES

— A mí, como soy hombre, ¿verdad, mamá, que me traerán los reyes, un fusil, un sable y un cañón?

— No esperes nada de los reyes, hijo mío... Este año no se acuerdan los reyes de los niños.

— No lo creas. ¡Verás como vienen!

— Mejor que no vengan, nene: los reyes traen las guerras.

— Pues una guerra es cosa bonita: ¡Pim!, ¡pam!, ¡pum!, y tocar la corneta, y tocar el tambor, y ganar la bandera.

— Esa es la guerra de los niños... ¡pero la de los hombres!... ¿Te gustaría a ti verte sin papá y sin mamá, temblando de frío, y muertecito de hambre, solito por los caminos, nuestra casita ardiendo, y por todas partes hombres malos que mataban y que robaban, y que les cortaban a los niños las manecitas y la lengua? ¡Pues eso es la guerra y eso es lo que traen los reyes, hijo mío!

ETERNO CANTAR

Aunque es raro, ten por cierto
que mató una misma bala
a un soldado allá en la guerra
y a su madre aquí en España.



LOS ANIMALES Y LOS HOMBRES

Londres, 17. — Un despacho de Ginebra da cuenta de que en las zonas fronterizas a Austria y a Alemania, especialmente en los bosques y en los Alpes, se ha observado una verdadera invasión de animales silvestres de todo género, que huyen del cañoneo en los campos de batalla. Entre esos animales, figuran: jabalíes, ciervos de varias clases, cabras montaraces, así como también mucha volatería agreste.

Muchos osos han penetrado hasta la Engadina inferior.

En Suiza, en el parque de Yellewstone, los lagos y los ríos se encuentran llenos de animales, pero es prohibida su destrucción.

Infinidad de aves silvestres, descansan antes de continuar su emigración hacia el Sur en busca de climas más cálidos y de lugares más tranquilos.

Gran número de jabalíes, procedentes de la Selva Negra, han llegado a

los Alpes del Jura, a través de la Alsacia y de la Lorena, pasando por entre los ejércitos beligerantes.

Los pajaritos conocen a los hombres... Al verlos venir, han revoloteado en las ramas de los árboles, se han agitado inquietos... ¡Saben que los hombres los matan a tiros y deshacen los niditos calientes!...

Los hombres se han detenido cerca de los árboles: son tropas que traen un desdichado para fusilarlo.

La sentencia se cumple rápidamente..., ¡la víctima cae atravesada por las balas!...

A la fatídica detonación, los pájaros, alzando el vuelo y huyendo despavoridos, parece que dicen, angustiados, con su lastimero piar: "¡Los hombres!..., ¡otro nido deshecho!"

¡Los pajaritos y todos los animales, conocen a los hombres y huyen... huyen de ellos!...



CANCIÓN DE PAZ

Guerrero que en el remoto país estás,
lejos del plácido hogar,
sembrando luto y pavor,
oye esta dulce canción
de paz:

El soldado con quien luchas,
en quien se ceban tus odios,
lo mismo que tú dejó
allá en su valle natal
¡su amor! . . .
¡su hogar! . . .

No hay más ley universal
que el amor,
y la patria debe ser veneración
al lugar
en que la infancia pasó
en un sueño arrobador
al arrullo maternal . . .
La patria no es ambición,
ni miserable rencor,

ni desatada pasión...
¡es amor!

.....
En la estepa el anciano, la abandonada
tierra infecunda, triste mirando está...

Ya, fatigado y débil,
no puede arar...

¡Del arrogante mozo que fué a la guerra,
qué falta aquellos brazos haciendo están!

.....
La moza, en la escondida senda del valle,
melancólicamente canta su amor...

Oid su canción:

“¡Amor!

“¡A la guerra te llevan, mi amor!...

¡Qué lejos te vas!...

¡A la muerte te llevan, mi amor!...

¿Volverás?... ¿no volverás?...

Mi amor es la vida, la guerra la muerte...

¡Ay mis ilusiones y mis alegrías,
que la muerte acechando va!...”

.....
Y en los campos y en la aldea
la canción no suena ya
del mancebo que a la guerra se marchó...
En el silencioso hogar
se oye sólo de la madre el suspirar
de dolor!

¡Bravo guerrero que estás
lejos del plácido hogar
sembrando luto y pavor,
no olvides esta canción
fraternal! . . .

¡No hay más gloria que la paz,
ni más ley universal
que el amor!



EL PAJARITO

Por el balcón ha entrado un pajarito . . . , un inofensivo pajarito . . . Son buenas gentes las que están allí; sin embargo, alguien lo persigue: el pajarito vuela azorado, dándose testarazos en las paredes, atontándose . . . , trata de sostenerse sobre los cordones de la luz eléctrica, fuera del alcance de la mano, pero resbala y cae . . . , cuando van a atraparlo, se alza y vuela de nuevo, aturdido, con un movimiento de alitas cansadas, golpeándose más y más sobre los muebles y las vidrieras . . . , ¡estas vidrieras deslumbradoras, que son la libertad a dónde va a estrellarse! . . .

Se hace encarnizada la persecución del pajarito. Las buenas gentes, hasta las personas sentimentales, revelan, a lo mejor, cuando menos lo esperábamos, instintos, naturales, pero que a nosotros, de diferente inclinación y sentir, nos dejan conturbados e indecisos en nuestra teoría redentora de amor y de ternura.

Aquel pajarito es símbolo de la víctima, símbolo de lo débil; se sostiene, resbalando, en una moldura del techo, atosigado, abierto el piquito, latándole el corazón, que del pecho se le salta . . . Las buenas personas, mientras tanto, lo acechan, y discurren, árbitros de la suerte del pobre gorrioncillo vulgar:

- Dejadlo, está ya cansadito.
- Eso es lo que queremos para pillarlo.

— Vaya un gusto, ¡si al menos fuese grande!, pero si no tiene un bocado, ni sirve para cantar.

— No importa.

— Que abran el balcón y que se vaya.

— No, no; hemos de pillarlo.

— Pero, ¿para qué?

— Por gusto.

Y vuelta a la persecución del pajarito que se levanta y cae, y pía lastimeramente... Lo ahuyentan con el bastón para que vuele seguido y se canse, le arrojan bolas de papel duro, él vuela alocado, se golpea, atontado, contra las paredes... ¡Al fin, cae al suelo, sin volver a levantarse..., las alitas abiertas que no pueden más!...

Pajaritos amarrados con un hilo y entregados a la inconsciencia cruel de las criaturitas... Ratoncitos mojados con petróleo para verlos correr, ardiendo... Murciélagos clavados vivos en las paredes...

¡Guerra de los hombres!... Prisioneros humillados, martirizados, mutilados... Mujeres violentadas, manoseadas, profanadas... Niños y ancianos de amedrentado gesto y arrasados de lágrimas sus ojos...

Desolación trágica de las campiñas y las ciudades, convertidas en campos de muertos con entrañas abiertas y órbitas locas.

Fugitivos atribulados, con la angustia mortal de no saber a dónde ir, y acorrolados y cazados por hombres enloquecidos y ciegos, como a pajaritos, a tiros, y porque sí, ¡por gusto!



EL OTRO PAJARITO

Estamos en una casa de enfermos, en un sanatorio. Hemos ido acompañando a uno de los nuestros, en grave trance. Allí clama el dolor humano, el dolor físico, quizás el verdadero dolor... Pues el acento penoso de los dolores románticos, de los dolores retóricos, queda allí amortiguado, apagado, por el grito de la carne atormentada...

En esa casa de enfermos, una de las muchas de la ciudad en donde a diario se vuelca la carrada de carne descompuesta (*enfermos del hígado, del riñón, de cáncer, de un infierno de cosas*); en esa casa en donde todas las mañanas, como reses en carnicería, hay algunos infelices, hombres o mujeres, abiertos y casi descuartizados en la sala de operaciones; en esa casa y en todos los demás sanatorios y en los hospitales, en donde el dolor humano, el dolor de las carnes lacradas tuvo que acogerse, desfallecido de angustia, o dando alaridos; en esas casas hemos podido darnos cuenta del gran dolor físico de la Humanidad; de que no necesita ésta de guerras imbéciles para dar trabajo a la medicina y a la cirugía... ¡Cuánto dolor!... ¡Cuántos tristes hogares desolados, desquiciados, arruinados con las enfermedades!...

Queremos insistir por eso en nuestra idea de Humanidad razonable (racional) libre de prejuicios, diferencias de raza, banderas, idiomas; libre de la vanidad de altezas ridículas (gloria de las armas, honores, condecoraciones, botones, galones, cintajos) aplicando las energías y ese talento (muy discutible) que aun parece que tienen los hombres, a un ideal práctico, positivo.

Insistimos en que la Cruz Roja, como la Sanidad Militar, son instituciones tan perniciosas como las fábricas de armas y cuanto sean facilidades, combinación, cooperación, organización más o menos tácita en favor, ayuda y comodidad de las bárbaras matanzas de la guerra.

Y esas instituciones que en tiempo de paz no hacen nada, ¡cuánto bien harían no haciendo nada en tiempo de guerra! Apuntamos en otra parte de este libro el ideal positivo que podrían realizar esas instituciones en campos, aldeas y en las mismas ciudades, curando los infinitos enfermos, desecho de la batalla de la vida, que sin guerras de locos e idiotas, se amontonan, no obstante, en los sanatorios y en los hospitales, y se pudren, como en las trincheras, sin asistencia, en sus propias llagas en los hogares míseros.

Hablamos de estas cosas con el director de este sanatorio, en donde estamos, y este señor (confirmando nuestra teoría de Humanidad loca y sin brújula), nos cuenta lo de "El otro pajarito".

“Vamos en un tranvía por el centro populoso de la ciudad, en donde la circulación y el tráfico son muy grandes. De pronto, hay una interrupción en la línea de tranvías y comienzan éstos a detenerse juntos, dos, cuatro, doce, ¡hasta quince! Todo el movimiento de la vía pública se paraliza, transcurriendo casi media hora y sin saberse el motivo, y, ya impacientes por nuestro retraso, bajamos de nuestro tranvía, que es de los que quedan más rezagados, y difícilmente, entre la gente que se ha detenido expectante, avanzamos hasta la cabeza de los tranvías para ver lo que motiva aquella paralización, aquella expectación, aquel medio motín o tumulto.

Pues, lo que sucede, es que un gorrioncillo nuevo, apenas voladero, se ha parado en los cables de la línea de tranvías y, tímido e indeciso, no se atreve a volar y permanece parado en el cable en donde el trolley, a medio metro, se ha detenido, amenazando fulminarlo.

De esta inminencia de peligro, se han dado cuenta a tiempo unos canillitas (golfitos), vendedores de periódicos, y con gritos terribles de indignación y protesta, han conseguido que el motorman pare a tiempo. En esto, la gente mayor ha hecho causa común con los muchachos, y ya, por no ser menos y por rara unanimidad, hasta los guardias de orden público se han puesto de parte del gorrioncillo.

Y venga de osear al pajarito y de hacerle espantapájaros y hasta de decirle cosas persuasivas. ¡Qué si quieres! El pajarito no se mueve.

Hay quien protesta de la detención, de la futilidad,

de lo poco razonable de la cosa, y del sentimentalismo loco... ¡pero tal que dijeras!

Silbidos, insultos, groserías...

— ¡No se mueven los tranvías!, ¡les pegamos fuego!... Es una crueldad matar así; a conciencia, a un pobre pajarillo...

— Hay que buscar una caña larga...

— Sí, sí, vamos por ella.

Y trajeron la caña y osearon muy dulcemente al pajarito, que con un vulecito llegó a un tejado próximo, sano y salvo. ¡Loado sea Dios!

Y se ha restablecido la circulación, y los vendedores de diarios vocean los veinte mil muertos de la última batalla... Y el público compra diarios y lee y saborea ávidamente horrores, muertos, heridos, catástrofes, buques hundidos, ciudades incendiadas..."



¡LOS NIOS SOLOS!

Están en el huerto los ruiseñorcicos
que no hay quien los sienta,
alreor de sus níos en onde
ni siquiá un pajarico les quéa...
¡Qué píar y píar más amargo!...
¡Dan una tristeza!...

.

De las cosas que esjarran el pecho,
te digo que es una, pasar por la huerta:
¡ni siquiá un mocico!...
¡tóicos pa la guerra!...
¡las casas solicas!..., ¡los padres llorando!...
¡se siente una pena!...

LA GUERRA

(LAS CARTAS DEL EMIGRANTE)

*Sin piedad mandas tus hijos
a la guerra a que se maten...
¡cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare!*

Con un retraso de bastantes meses
llegó, nena, tu carta,
que nos vino siguiendo
en peregrinación, anda que te anda,
como si es que el cariño que trae le diera fuerzas
pa que hasta el fin del mundo nos buscara...
¡Pero qué triste viene,
nena, tu carta!...

Algo habíamos sentío de guerra, pero nunca
a lo que tú nos cuentas nuestro pensar llegara.
Cuando yo fui soldao y juré la bandera,
en un discurso largo (palabras y palabras)
en que tó se volvía
que el honor, que la patria...
y en que ná se entendía,
ni iba ná dista el alma,
ni una ves nos mentaron a nuestras pobres madres

que en la aldea lloraban,
ni a nuestras novias tristes,
ni, menos, la ruina
cierta de nuestras casas...
y al hacer que besáramos, casi a la pura fuerza,
aquella crus que forman la bandera y la espada,
me paeció que a las madres (la tierra verdadera
y las que nos llevaron dentro de las entrañas)
me paeció que a las madres
el querer de sus hijos les robaban
pa otra madre postiza y en un beso forzáo...
pa otra madre postiza..., ¡la madrastra!

¡Pero qué triste viene,
nena, tu carta!...
Veo que se llevaron
a muchos reservistas que casaos estaban:
sus mujeres, tavía jovencicas,
atolondrás y asustaicas andan
con sus nenes pequeños en los brazos,
que de verlas da lástima...
¿Ande irán, jovencicas, sin pareja ni amparo?
¿Y a sus criaturicas, qué suerte les aguarda?

Veo también que se han llevao al nieto
del tío Juan el Patriarca...
dos hijos le mataron
y ahora el nieto faltaba...
¡entre Melilla y Cuba, y ahora otra vez Melilla,
darán fin de esta raza!...

Y a to esto, huyendo muchos
de la guerra, se escapan
sin saber ande van, por esos mundos
y por tierras lejanas,
dejando sus familias
desamparás y en la mayor desgracia...
Y tuícos: las mujeres, los nenes y los hombres,
sin rumbo ni esperanza...
desparramaos..., perdíos..., como granos de
que extendió en su locura la borrasca!... [arena

A más, a falta e brazos, abandonaos los campos...
cundiendo la miseria como la hierba mala...
y los pueblos, de solos y tristes,
que como camposantos se trocaren...
En tó desolación, ruina y muerte,
que el ánimo se espanta,
¡cómo si allí, de ande salió la sangre
generosa y lozana,
fuera ande sin cuartel s'hizo la guerra
y en ande se libraron las batallas!...

Y la razón, nenica,
de esa guerra inhumana;
la razón que, de público,
se dice y se propala,
es que unos señorones (esos amos de tuíco
que hasta en la vida y el sosiego mandan)
esos amos... pues tienen minas y capitales
que defender en Africa...

Y pa esto y otras cosas son aquellos discursos
(palabras y palabras. . .)
y, pa eso, de tu tierra y de los brazos
de tu madre te arrancan
y a pelear te llevan. . .
dicen, nena, por la madre patria. . .
¡pobre patria! . . . ¡a qué cosas
sirve el sagrao nombre de pantalla! . . .
ni por patria peleas, ni por madre,
¡que vás a pelear por la madrastra! . . .

¡Qué triste que venía,
nena, tu carta!



EL GALLO

Nos han traído del campo un par de pollos... ¡triste fin el de estos animalitos!... Al uno nos lo hemos comido en seguida frito, tusturridito en aceite muy hirviendo... Estaba muy tierno y, así, con un puntito de sal, era cosa de chuparse los dedos, ¡huesos tiernitos y todo nos lo hemos comido!...

Al otro pollo lo hemos echado al patio de la casa que habitamos en la ciudad. Un patio de casa de varios pisos, estrecho y profundo como un calabozo... Arriba se ve el cielo como un pedacito cuadrado de papel azul... Y en aquel patio, está el pobre pollo... Es un pollo con pretensiones, bien plantado... Un gallito joven de ojo ardiente y barbas rojas que, seguramente, se habrá contoneado y le habrá puesto los puntos a más de una gallina en sus correrías por el campo...

Ahora cacarea, como diciendo: "¡Caramba!, ¿a qué me tendrán aquí?" y, de vez en cuando, dobla su cabeza, desenfadadamente, y con un solo ojo mira arriba el cielo... Aquel pedacito cuadrado de papel azul...

¡Quién sabe qué reflexiones se hace, mirando aquel pedacito de cielo!... Seguramente añora su vida libre

por el campo: aquel ir y venir con su bandada por entre los maizales... , aquellos amoríos ligeros... , aquellos festines de langosta, llovida del cielo... aquellas peleas con sus rivales, los otros pollos, cuando ya galleaba...

A las altas horas de la madrugada, nos ha despertado el canto del gallo. Nuestro dormitorio está pegadito al patio y podemos apreciar sus facultades de cantor en toda su fuerza: es arrogante, poderoso, incansable... Nos llega a desvelar y hasta nos interesa... , ponemos atención: Canta y escucha. Comprendemos que escucha. Atentos, nosotros también, oímos en la hora tranquila, otros gallos lejanos, remotos, a quienes contesta... Es una manera enérgica, vigorosa, de expresarse, de comunicarse... En medio de la noche, tiene algo de bravo y guerrero, algo de "¡Centinela, alerta!", algo de grito de combate y de conjuro, aquel acento punzante, agudísimo, que cerca y lejos, como de banda que vigila, se escucha en la soledad...

¿Qué se dicen aquellos gallos? Quizás protestan, airados en su conjuración de las altas horas de la madrugada, del instinto sanguinario y de la voracidad cruel de los hombres... Quizás protestan de no poder vengarse por contar entre sus huestes demasiadas gallinas y demasiados capones... ¡Oh, los arrogantes gallos de pelea!... ¡Pero aquellos capones y aquellas gallinas son pacifistas!...

Y atentos a la terrible conjura de los gallos, y teniendo a la misma cabecera aquél nuestro, que sin duda es de los más exaltados oradores de su partido (seguramente el partido de la guerra), no hemos podido pegar ya los ojos y nos hemos levantado bien tempranito.

Pero no hemos madrugado nosotros solos. Se ha notado en la casa, movimiento, desde muy temprano, y cuando todavía nos vestíamos, han llamado a nuestra puerta.

— ¿Quién será?

Pues una comisión de vecinos pacíficos que vienen a protestar porque no han podido dormir. El gallo no los ha dejado descansar; piden que lo matemos. ¡No faltaba más! Sí, señor: lo mataremos hoy mismo, y hasta nos lo comeremos con tomate!



EL CORAZÓN DEL SOLDADO

Era una niña con ojos
azules como la mar...
Era una niña preciosa
y era más buena que el pan...

Un mozo arrogante y guapo
la comenzó a cortejar:
ella escuchó reservada
y un poco triste y formal.

Luego, si estuvo en la guerra
le pregunta a su galán,
y el mozo le ha contestado:
— ¡Cómo no había de estar!

Estuve y a gala tengo
no haberme quedado atrás:
sé que de mí el enemigo
triste memoria tendrá.

Nos hicieron daño y luego
bien les hubo de pesar:
el que cayó en nuestras manos
no volvió a contarle más.

De rodillas, ¡miserables!
llegaron hasta a llorar...
¡ni a prisioneros ni a heridos
cuartel hubimos de dar!

Por la esposa y por los hijos
se ponían a implorar...
¡pronto de un bayonetazo
se les hacía callar!

Como ellos, ojo por ojo
y diente por diente, igual:
¡sin cuartel, lo mismo que ellos!
¡Rematados sin piedad!

Y, como ellos nuestros pueblos,
convertimos al pasar
los suyos en una hoguera,
sin pena ni caridad.

Lloraron los bellos ojos
azules como la mar
de aquella niña preciosa
que era más buena que el pan.

—No me cuente más horrores
ni me venga a cortejar,
que quien hace así la guerra
duro el corazón tendrá.



SIEMPRE LOS HOMBRES

Somos idealistas... somos pacifistas... Tenemos una casita en el campo y un pequeño jardín, y en este jardín un lago ideal... Es una charquita con un cañaveral, con unos sauces y con algunas plantas acuáticas... es un espejito en donde, al pasar, se miran las nubes...

Somos pacifistas, y junto a este lago tranquilo, pulimos nuestro ideal de paz y amor entre los hombres..., aquella inmaculada idea de "no resistencia", de "no derramamiento de sangre..."

Damos unos pasos por el jardín, puestos nuestros ojos en el cielo, como siguiendo aquella idea..., el sol besa efusivo los tallos verdes y las flores, confirmando la sublime teoría de vivir..., la mañana primaveral hace estallar en nuestro espíritu, como botones en flor, tendencias generosas... Y en la bella mañana, por el ancho cielo, como una escritura de la santa teoría del vivir y de la paz, pasa una ondulante y negra línea de patos silvestres...

A poco, y al volver la mirada, sobre el lago tranquilo, vemos uno de aquellos patos que chapotea en el agua, alisándose el espléndido plumaje. ¡Oh, qué bello! A nuestro lago ideal le faltaba el ave graciosa... Yer-

gue su cuello y mira atento, como encantado, las plantas, las flores, el agua cristalina... Quizás tuvo que hacer largo camino en busca de las lejanas islas del río, y cayó cansado... “¡Oh, qué hermoso rincón de paz!” — dirá tal vez. — “¡Qué dulce reposo!”

Nosotros, mientras tanto, lamentamos que cuando descanse, tratará de irse y alzará el vuelo... Con candidez infantil, pensamos: “No le haríamos daño alguno si se quisiese quedar, para verlo así en nuestro lago...” De este modo, alejados por el momento de nuestra preocupación de paz, de no derramamiento de sangre, nos obsesiona la idea de que el pato va a levantar el vuelo y no lo veremos más en nuestro lago, atusándose el bello plumaje... Y, entonces, con un impulso irreflexivo, corremos hasta la casa, traemos una escopeta, nos acercamos al lago, de puntillas, nos agazapamos, apuntamos y hacemos fuego...

El ave, graciosa, aletea en el agua, la tomamos en nuestras manos, está viva... ¡sólo el precioso plumón de una ala rota, tiñe la roja sangre!...



GUERRA A LA GUERRA

La sola manera de librar al pueblo alemán del mal espíritu que lo posee, es vencerlo definitivamente en el campo de batalla, y por eso es necesario que la guerra continúe sin cesar, hasta que los prusianos, arrogantes y brutales, sean humillados.

The Times.

Otra vez el augurio pavoroso
de guerra nos asalta . . .
¡otra vez espantosa y repugnante
la insensatez humana!
¿Qué libráis, por mi vida, desdichados,
los que alentáis esa contienda bárbara?
¿qué libráis por mi vida?
¿por qué vais a luchar que tanto valga
como la vida hermosa
a la paz y al trabajo consagrada?
Señor, ¿qué altar es ese
que en holocausto de su fe reclama
el triste sacrificio
de las cosas más santas?
Señor, yo tengo madre . . . , ¡como todas
de buena y desdichada! . . .
Señor, ¿qué altar es ese que la exige
pedazos de su alma
y días angustiosos sin consuelo,

llorando desolada?
 Señor, ¿qué vale tanto
 como valen sus lágrimas?

.....

¡No más guerras, por Dios; por el que un día
 sacrificóse en aras
 del amor de los hombres,
 que como bien supremo predicaba!
 No más guerras, por Dios; en nuestros campos
 las juveniles fuerzas hacen falta,
 mas no para luchar estérilmente:
 la tierra las reclama
 para darnos los bienes bendecidos
 que pródiga nos guarda.
 Fructífero sudor, sudor honrado
 pide la tierra, de labores ávida;
 no la reguéis con sangre...
 ¡no la reguéis con sangre, que se mancha!

.....

No más guerra por Dios; guerra a la guerra
 y a los que atenten a la paz sagrada;
 guerra de paz, de bien, de buen ejemplo,
 guerra de tolerancia;
 ceded todo derecho; dadlo todo;
 cesen las viles ansias
 y acaben, de una vez, las ambiciones
 que la discordia fraguan.
 No más guerras, por Dios... ¡tenga la madre
 completa su nidada!



LA PAZ DE LOS HOMBRES

Doloridos, quebrantados y melancólicos, tristes y decepcionados, huídos de este jolgorio y trifulca de la vida que no tiene pies ni cabeza... , maulados como perro perniquebrado y sangrando una oreja, que busca un rincón para lamerse sus heridas... Así hemos buscado el reposo de aquellas calles, aquella unanimidad y armonía, aquella quietud, aquella bendita paz de los muertos... Y acansinados nos hemos dejado caer sobre una losa... ¡Qué agradable recogimiento!... ¡Indudablemente los muertos saben vivir!

Es un encanto aquel cementerio de la ciudad ya clausurado, llenito de muertos, pero limpito, todo en orden y sin ese apestoso olor a putrefacción que es más frecuente notarlo entre los vivos.

Y reflexionamos:

— ¡Qué ceguera nuestra en buscar el bullicio de las calles de la capital! En el centro más aristocrático, donde concurre lo más escogido, abundan los imbéciles que os atropellan con su automóvil, que os aturden con sus trompetazos, que os echan los caballos encima... Esos caballos escépticos que se ríen de lo chic y de la sociedad escogida, de sus buenos modales y de su cultura, y se hacen sus necesidades allí mismo con perfecta satisfacción, notándose con frecuencia en el paseo de lo más encopetado y señor y de lo más fino y pulido, entre damas exquisitas y gagnápiros que

hacen dudar de la redención humana, la sensación de estar entre animales y una peste insoportable a cuadra.

Entre los muertos se nota la petulancia, la estúpida soberbia, la riqueza cargante; pero no es cosa de los pobrecitos muertos: es cosa de los vivos también.

No se descansa mal al pie de estos cipreses... Bien dijo el poeta:

“¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido...”

Los muertos lo entienden en su eterno descanso...
¡Si uno pudiera hacerse el muerto!...

A la sombra de estos cipreses, rodeados de esta buena gente que para nada molesta, nos sentimos más a gusto, tranquilos, quizás alegres, al menos optimistas... Y entonces observamos que el viejo cementerio, muy poblado de añosos cipreses, está llenito de pájaros que anidan, no sólo en los tupidos ramajes, sino en las grietas de los nichos y de los panteones.

Los pájaros aquellos son la vida, la alegría, el bullicio del cementerio... Pían y pían y gorjean, y con su parloteo y algazara, parece que celebran aquella bendita paz que sólo les es dado gozar entre los muertos.

¡Oh, pobres pajaritos, perseguidos, tiroteados, enjaulados!... ¡Oh, niditos calientes, deshechos, y los hijitos muertos!... Estos también son los hombres, y están junto a vosotros; pero no os espantan, porque es aquí la paz de los hombres, y están los hombres en reposo como deben estar.



¡POBRES SOLDADOS!

¡Pobres soldados tristes,
de sus hogares lejos!
¡pobrecitos soldados
abatidos y enfermos!...
¡pobrecitos soldados
avanzando y en filas como la mies cayendo!...

¡Pobres soldados víctimas,
agotados y hambrientos!
¡pobres soldados tristes,
vencidos, prisioneros!...
¡pobrecitos soldados
heridos en el alma y en el cuerpo!...

Pobrecitos soldados
atravesado el pecho,
lejos de sus amores,
de sus hogares lejos!...
¡pobres mártires, héroes, sin gloria y olvidados!
¡pobres soldados muertos!...



¡AQUELLOS ENJAMBRES!

Leemos en los diarios que en la región del Yser murieron más de seis mil estudiantes de Berlín, de diecisiete a veinte años de edad.

En esta guerra perecerán varios millones de hombres en la más bella juventud. . .

Ante ese sacrificio bárbaro, deberían oírse los gritos de horror de la Humanidad toda, llenando los ámbitos del mundo. . .

Sin embargo, la mayor parte de la Humanidad casi no piensa en eso, preocupándose más de lo que la guerra afecta a los negocios, al bolsillo. . . Y hay mucha gente que halló con la guerra modo de no morir de aburrimiento. . .

En el rincón de su hogar, gimcan las madres; y en las líneas de fuego,

todos héroes, los soldados caen como nada...

¡Oh, aquel caer y caer de hombres en la más bella juventud!...

¡Qué de esperanzas, y de alegrías, y de canciones, y de gallardías, y de amorosas ilusiones muertas!...

¡Cortadas aquellas vidas como bello jardín segado en puros botones en flor!...

¡Oh, colmena!... Zumbadoras abejas, enjambres de las aulas, de los campos y fábricas...

¡Oh, Juventud, enjambres los del rico panal!...

Juventud, si tú faltas,
habrá muerto la alegría

y su encanto la vida perderá!...

Se alzaron con sus reyes los enjambres...

¡Oh, el alegre zumbido!...

¡Oh, la exquisita miel cálida y dulce!...

¿A dónde van?

¿A dónde el fuego llevará la ardiente
colmena laboriosa?

¡Oh, el gusto de la vida, dulce miel infable
que sin ti, Juventud, nos faltará!

Infecundos los campos,
el hondo surco en ellos
no abrirás...

Solitarios y tristes, sin tus bellas canciones,
sin tus viriles gritos,
un páramo serán...

Sin tu robusto brazo,
las fábricas hundidas,
hundidas quedarán...

Quedarán de ruinas enhiestos monumentos
que a ti que hiciste florecer al mundo,
te glorificarán.

En las aulas la ciencia,
sin ti que la descubras,
oculta quedará...

y sin tu corazón que lo despierte,
en el alma, en los cielos,
en la luz y en el aire,
el arte dormirá...

Las madres con un grito
de entrañas arrancadas,
tu ausencia sin retorno, llorarán...
y, a estériles entrañas
condenadas las vírgenes
por ti suspirarán...

¡Oh, Juventud! ¡Oh, zumbador enjambre
y tu reina la paz,
arrebatados por la ciega y bárbara
belicosa demencia universal!...

¡Oh, colmenas deshechas, colmenas incendiadas
y dulce miel perdida! . . . Juventud, si tú faltas,
¿quién la exquisita miel laborará?

¡Oh, Juventud! ¡Oh, miel y gusto y gracia . . .
pujanza y gallardía y simiente del mundo que ya nunca
se recuperará! . . .

¡¿Cuándo, de nuevo, el agostado y triste
campo florecerá
y el zumbador enjambre
en la miel de las flores libará?!



LA NAVIDAD DE LA GUERRA

LOS PASTORES DE BETHLEHEM

Y había pastores en la misma tierra, que velaban y guardaban las viglias de la noche sobre su ganado.

Y he aquí, el ángel del Señor vino sobre ellos, y la claridad de Dios los cercó de resplandor; y tuvieron gran temor.

Mas el angel les dijo: No temáis, porque hé aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo:

Que os ha nacido hoy en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.

Y esto os será señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, echado en un pesebre.

Y repentinamente fué con el ángel una multitud de los ejércitos celestiales, que alababa a Dios y decía:

“Gloria en las alturas a Dios,

“Y en la tierra paz;

“Buena voluntad para con los hombres”.

(San Lucas, Cap. 2, Vers. 8 al 14.)

Y como fué nacido Jesús en Bethlehem de Judea en días del rey Herodes, he aquí unos magos vinieron del Oriente a Jerusalem, diciendo: ¿Dónde está el rey de los Judíos, que ha nacido?, porque su estrella hemos visto en el Oriente, y venimos a adorarle.

(San Mateo, Cap. 2, Vers. 1 y 2.)

La Pascua se va y se viene,
La Pascua viene y se va...
¡y nosotros nos iremos
y no volveremos más! ⁽¹⁾

En las trincheras, oyendo silbar alguna que otra bala, cantan así los soldados, borrachos de juventud, y de vez en cuando, cae para no levantarse más, alguno de aquellos que no han de volver.

— Nuestro árbol de Navidad es un tanto trágico — dice un soldado. — A falta de otros juguetes, de él penden cabezas decapitadas, miembros humanos y cuerpos mutilados... De estos árboles están llenos los bosques...

Otras noches de Navidad resplandecía el Orbe entero, celebrando con regocijos y fiestas el nacimiento

(1) Popular.

del Redentor... Esta Navidad, en medio de la desolación y de la muerte, resplandecen siniestros los pueblos incendiados... ¡¡Acaso el Redentor ha muerto también!!

Los hogares estaban tristes, ¡pero, cómo se conoce que hoy es Nochebuena!... Al pasar por ellos se oye sollozar más desconsoladamente!...

Si los pensamientos fueran visibles y tuvieran forma luminosa de ángeles al cruzar el espacio, ¡qué espectáculo maravilloso sería, la Noche de Navidad, el verlos partir de las líneas de batalla y el verlos llegar a ellas!...

¡Millones de hombres en plena vida, han perecido en los desiertos campos, en las cenagosas aguas de los ríos y de los canales, y bajo las heladas nieves!... Eran la flor de la juventud... eran las bellas canciones de Navidad... La Navidad ha muerto... ¡¡Quién, ogaño, cantará la Navidad!!

Los pastores y pastoras
todos van juntos por leña
para calentar al niño
que nació la Nochebuena. ⁽¹⁾

(1) Popular.

Aquellas inocentes criaturas angelicales que cantaban esto con voces seráficas, se ven ahora sin amparo ni hogar, huérfanas, abandonadas, hambrientas, desnuditas como el niño Jesús, ateridas de frío. . .

¡Pastores venid,
pastores llegad! ⁽¹⁾

Durante la Nochebuena, en las pavorosas tinieblas de la muerte, millones de hombres, desde los campos de batalla contemplan en el cielo una estrella de brillo encantador. . . “¿Será — dicen — la estrella que guía a los pastores?” Y hay quien sueña que en pos de los pastores y guiados también por el resplandeciente lucero, siguen los reyes que irán a postrarse ante el Dios de la paz y del amor y de la buena voluntad entre los hombres.

(1) Popular.



ESTRELLITA DE JUDÁ

“Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica la atmósfera. Lo dijo de cierta manera el filósofo de ella, Hegel; lo dijo su taciturno místico, Moltke. Otros grandes hombres, grandes por su corazón y por su cabeza, la han defendido y glorificado. Cristo dijo que venía a la tierra a traer guerra.

Unamuno.”

¡Dios mío!, ¿será cierto que es necesaria la guerra? Fatal — puesto que sucede y se repite a través de los siglos — pudiéramos creerla... , ¡pero necesaria!... En nuestra simplicidad no lo entendemos y no podemos creerlo.

Hay juicios diferentes sobre la guerra y sobre esta guerra, que nos desconciertan y conturban... Hombres serenos y exaltados, sentimentales o fríos... , de profundo pensar o de espontaneidad ingenua, nos dicen su idea y su sentir... Pero hay criterios tan opuestos y tanto disienten unos de otros que — débiles a tanta luz — cegamos... .

Necesitamos que nos digan sencilla y claramente las cosas y que, además, todavía, nos sean explicadas con ejemplos... .

Un puntito claro vemos en el aturdimiento de tanta

luz: es aquella aspiración redentora que, según declaran, parece guiar a todos como una estrella. . .

Somos sencillos y, ante la palabra autorizada, nos sentimos tímidos en nuestra candidez pacifista, pero acojados, se nos salta del pecho el decir que los que consideráis a la guerra como necesidad a la virilidad e integridad de los pueblos y quizás conveniente también a los altos intereses de la cultura, no la debéis de haber sentido ni imaginado en todos sus horrores.

Es mentira (ahora más que nunca), lo de la guerra regular entre pueblos cultos. . . (Estos ya no son pueblos cultos. . .)

Es mentira la lucha en campo abierto. . ., es emboscada traidora, premeditada y preparada en contra, sí, de los que, inocentes de todo, derraman la sangre generosa y dejan atrás un rastro de miserias, de luto y de lágrimas. . .

Es mentira lo del abrazo fraternal de vencedores y vencidos. . . El final de la guerra será una paz teatral como otras veces, será un beso de Judas. . . El final de la guerra será un sordo juramento de futuras venganzas, una íntima promesa de represalias terribles, una acumulación de odios pavorosos para el porvenir.

El final de la guerra será la paz y la fraternidad, si los hombres que se matan sin odio y sin saber por qué, abren los ojos y, al alborear del día de la paz, ven la lucecita redentora de aquella estrellita de Judá.

ES EL TIEMPO DE SEMBRAR

(CANCIÓN)

¡Compañera!...

La que acompaña mis horas y comparte mis fatigas
y mi cariño y mi pan...

¡compañera!...

La que me alegra la vida y vive mis ilusiones...

¡compañera!...

es el tiempo de sembrar...

¡Compañera!...

La que amamanta a su pecho
un pedazo de mi vida, un pedazo de mi alma,
lo que yo he querido más...

¡Compañera!...

La que poniendo en los ojos la ternura más divina
al hijo le da la sangre...

¡compañera!...

es el tiempo de sembrar...

¡Compañera!...

¿Qué quisieras tú que fuese nuestro hijo?

¿Nuestro hijo qué será?

¡Compañera! . . .
No quisiera yo que fuese
ni mercader, ni marino, ni soldado,
¡compañera! . . .
que es el tiempo de sembrar . . .

¡Compañera! . . .
que lo crías a tu pecho,
yo quisiera al hijo mío, como yo, que are la tierra
y en ella ponga su afán . . .
¡Compañera! . . .
la tierra es la buena madre
y es ella nuestra alegría,
¡compañera! . . .
¡y nuestro pan! . . .

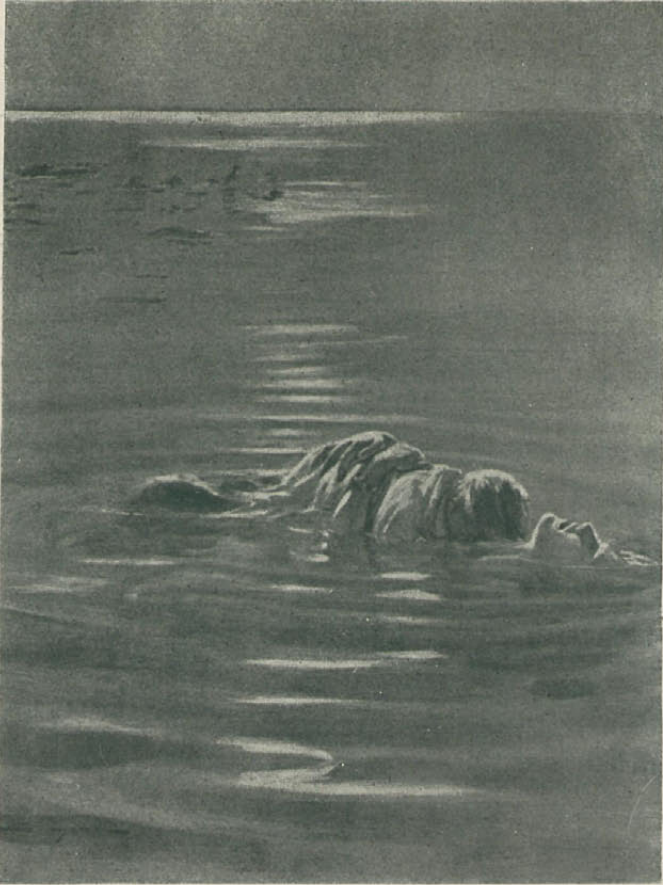


DOLOR

Todo son desgracias, todo es dolor... y todo, sin embargo, tan natural. Lo que para nosotros es extraordinario y abrumador, es para los demás lo ordinario e insignificante... "¿Quién no ha de morir? — dirán — ¿Y las muertes que traen la ruina y el desquiciamiento del hogar, los ancianos desamparados, los huérfanos hijitos con hambre tirados al arroyo? ¿Y las hecatombes monstruosas de la guerra? ¿Y estos barcos cargados de seres que duermen un sueño feliz y que de pronto se los traga el abismo?"

¡Oh, amigo mío, usted perdiendo a su madre, yo perdiendo a mi esposa, y tantos otros como nosotros, cuyo hogar sin embargo, no se tambalea ni lo barre la desgracia dejándolo helado en la miseria y el hambre, somos algo afortunados todavía; padecemos un dolor bastante lírico y podemos llorar con un ojo...

Reconozcamos, sí, que somos afortunados y compadezcamos a los verdaderamente desdichados que pierden seres queridos sin poder verlos morir, sin poder consolarlos, sin poder besarlos, sin poder recoger sus huesos, y más desdichados aún los que sobre su pena pasan hambre y frío y dolor ¡el verdadero gran dolor! en la carne atenaceada y torturada.



VETE PARA SIEMPRE

(CANCIÓN)

Pasé por la vida,
canté mi cantar...

He arado la tierra, he plantado el árbol
y he sembrado el pan...

No fui contra el débil; puse en el trabajo
la felicidad;
no he ganado honores ni gloria en la guerra,
¡pero tuve paz!

¡Cuántos hay de luto de aquellos hogares
que llamó a su puerta la guerra al pasar!...

¡¿cuándo la alegría
de ellos volverá?!...

¡Vete, guerra, vete!...

¡no toques la puerta de mi pobre hogar!

¡Los imperios, la gloria, qué caros
los hace pagar!...

¡Vete para siempre! ¡Vete, guerra, vete!
queremos la paz...

¡los hombres, hermanos! ¡bandera, ninguna!
la patria, ¡la patria de la humanidad!

ES CUESTIÓN DE CULTURA

Para justificar la guerra, dicen los pueblos combatientes que luchan por las libertades humanas. . .

Así tiene que ser, porque es guerra de casi todos los humanos y casi del mundo entero.

Así tiene que ser, en efecto, porque las libertades humanas son la cultura, y si tuviesen esas libertades, esa cultura, no lucharían. . .

Lo que habría que determinar con exactitud, es en dónde está la cultura, quiénes la atacan y quiénes la defienden.

Es indudable que los que den pruebas de incultura serán contrarios a la cultura, o sea los enemigos de las libertades humanas.

Nos bastará, entonces, para enjuiciar en este drama, el más grande de la Humanidad, ir señalando manifestaciones de cultura o de incultura. . . Así conoceremos nuestro aliado y nuestro enemigo. . .

No se trata de la cultura probada y reconocida desde hoy para atrás, pues nos hemos podido pervertir: hay títulos viejos que caducan y que se manchan. Se trata de la cultura en este momento verdaderamente difícil, que es cuando resaltarán tanto el desinterés y los sentimientos nobles y delicados, como lo sórdido y brutal y lo bajo y canallesco.

¡Tantas piedras de toque, desdichadamente, nos van a servir en este trance para probar la cultura!...

La verdadera incultura se manifiesta por falta de sentimentalismo.

Es incultura la guerra; son incultos los que la han premeditado, preparado y provocado.

El odio, el rencor, la saña, son incultura.

El endiosamiento, la vanidad, la petulancia, son incultura.

El soberano que se cree verdaderamente soberano, es inculto.

De los engréidos, desde los más altos en escala descendente, viene la incultura...

La cultura está en los humildes, en los sencillos, en los débiles... en los que sufren, en los que respetan, en los que conceden...

La generosidad, el desinterés, la tolerancia, son cultura.

Los que lloran, los que perdonan, los que aman, son cultos.



EL ÉXODO

¡¿A donde irán?! Huyeron locos, despavoridos,
 ante el cuadro horroroso del incendio y la sangre...
 En su tribulación llena de espanto,
 contemplaron de lejos ardiendo sus hogares...

¡¿A donde irán?! Huyeron con lo puesto, sin tiempo
 para agarrar lo más indispensable.

¡Ay su pobre casita,
 su querido menaje,
 sus ahorritos, sus ropas domingueras,
 su jardín, sus plantitas, su ilusión, sus afanes!...

Van cargados algunos con aquello
 que la angustiada huída les permitió llevarse.

¡Ay el pesado fardo,
 cariño y cruz que bajo su peso hace doblarse!...
 ¡Ay, pobres cosas viejas, pobres cosas queridas,
 pobres cosas vulgares
 que tienen, por el uso, algo de nuestra vida!...

¡ay, pobres cachivaches!...

Una mujer en su apretada mano
 tiene una llave...

la llave de su casa saqueada, robada,
 que, ya sin puertas, en pavesas arde...
 Lleva un niño una jaula y en ella un pajarito,
 que es feliz prisionero en sus alambres...

Un joven no ha soltado su vihuela . . .
 ¿a dónde irán que suenen a ilusión sus cantares? . . .

¡¿A dónde irán los tristes fugitivos?! a donde
 que puedan ampararse?! . . .

¡Aquellos pobres viejos y las criaturitas! . . .
 ¡la noche! ¡el frío! ¡la fatiga! ¡el hambre! . . .

En su tribulación llena de espanto,
 contemplan desde lejos ardiendo sus hogares . . .

Alocada, su prole numerosa
 cuenta una madre:

— ¿Quién falta, Jesús mío, quién me falta?

— Estamos todos.

— ¡No! ¡No que no estáis!

¿Y la nena? ¡Dios mío! ¿y la nenita?

— Con otras criaturas yo la vi por la calle.

— ¡Virgen santa, mi nena! ¡Virgen santa, mi nena!

Yo me vuelvo a buscarla aunque me maten!

Y en otro grupo gimen:

— ¿Y a la pobre abuelita no la traen?

— Como se halla tullida, no dió tiempo . . .

fuego a la casa estaban ya pegándole . . .

¡Se quedó en su camita

sin poder levantarse!

¡¿A dónde irán ¡Dios mío! con su pena y su angustia,
 pobres, tristes, errantes?! . . .

¡¿A dónde irán ¡Dios mío! si el mundo es un infierno
 y hay guerra en todas partes?! . . .



LA MADRECITA

Al dar a luz al nene,
la madre muerto había
y quedaron el padre,
el nene y la nenita. . .
Eran pobres: el padre trabajaba
y doce años la nena no los tenía,
además de ser débil
y poco crecidita;
pero tuvo la pobre
ya que entrar en lo serio de la vida
y atender a la casa
y cuidar las ropitas
y hasta criar al nene, que lo crió amorosa
con biberón como una madrecita.

Y vino la guerra
¡oh, guerra maldita!
¡maldita! ¡maldita!
Como todos los hombres fué el padre
llamado a las filas
y, mientras la patria
bravo defendía
conquistando gloriosos laureles,
su hogar sin amparo volaba en cenizas. . . ,

Y tuvo la nena, con el nene en brazos,
que escapar solita,
¿a dónde? ¡quién sabe! De hambre y de cansancio
va desfallecida. . .
¡además de la carga del nene,
lleva un bulto también con ropitas! . . .



ARMA CRISTIANA

Francia era rica y era intelectual. Se ha dicho que París es el cerebro del mundo.

Inglaterra era rica también y era libérrima. El servicio militar, en ella, era voluntario y el trabajo libre. Si París era el cerebro del mundo, Londres era la ciudad más libre del globo.

Esas grandes naciones no se habían formado para la contienda actual: el trabajo y la economía, la cultura y la libertad, no son condiciones ni recursos salvadores para pueblos que habían de verse hundidos en la barbarie y el salvajismo de la guerra.

Alemania no era rica ni era libre: fingía riquezas y libertades. No era culta ni intelectual: industrializaba la cultura y militarizaba el pensamiento. Tenía un ideal que no era ideal: era la aspiración bárbara de dominio material sobre el mundo. Porque, si hubiese sido ideal su aspiración, la habría seguido por otros derroteros de paz y de concordia, de acercamiento humano, extendiéndose por el mundo con su trabajo, con su inteligencia, con su raza fuerte; pero no fingiendo ésto y haciéndolo, como espía, con una idea mala y echando por el torcido camino de la gloria de las armas.

Francia e Inglaterra se formaban para la paz y Alemania se formaba para la guerra.

Esta es la diferencia en la presente lucha, y es una iniquidad imputar *frivolidad, corrupción e imprevisión* a Francia e Inglaterra, pues sería lo mismo que censurar al buen padre que educó a sus hijos dulcemente en un temperamento de noble bondad y confianza, mientras el vecino de enfrente preparaba a los suyos con lecciones brutales de dominio y despojo por la fuerza.

Si triunfa Alemania, la opinión irreflexiva o los que olviden la que parece ser elevada finalidad del hombre en el mundo, se sentirán atraídos hacia una orientación de supremacía por la fuerza bárbara y de dominio por la violencia.

¿Pero hemos de admitir que el triunfo de la fuerza ha de anular a la razón?

¿Porque triunfe el mal, la orientación moral humana ha de ser el mal?

¿Quedarán como única luz en esta lóbrega noche, el triste convencimiento de que la razón y la justicia estarán siempre, solamente de parte del más fuerte, del vencedor, sea quien fuere y cómo venciere?

Legiones de hombres que se llaman cristianos, pelean como bárbaros y han olvidado aquella humildad y

aquel amor que predicó Jesús para con nuestros propios enemigos.

Bueno es recordar que el arma del verdadero y primitivo cristianismo no fué la ira ni la soberbia: fué la sonrisa iluminada de los mártires cristianos yendo al sacrificio...

Y aquella arma santa, la del amor infinito, venció al paganismo y a la barbarie.

La cultura del sentimiento, la de la paz y del amor de los pueblos, es el cristianismo de hoy; y el arma cristiana de los tiempos modernos ha de ser el libre examen de las cosas, la tolerancia y una dulce persuasión.



LA CONSIGNA

I

La pobre muchacha, mártir inocente,
¡tan linda y tan joven!
que iba a ser madrecita tan pronto...
¡la pobre!...

Estaba en el campo y fué interrogada
por una patrulla de los invasores:
— Dinos si en la aldea se hallan los contrarios.
— No lo sé — responde —
porque de la aldea
falto desde anoche.

La fuerza invasora,
confiada entonces,
llega hasta la aldea y allí la reciben
a balazos algunos dragones.
Tal no sucediera, pues cosa terrible
son los escarmientos de los invasores.

II

De la aldea, el invasor
ya es el dueño
y hace reunir en la plaza
toda la gente del pueblo,
que hay que ver quién traicionó
y hay que hacer un escarmiento.

La muchacha está en la plaza
y ella misma se hace reo,
antes que hagan inocentes
víctimas de todo el pueblo.

Ante el jefe militar
sale, de la plaza en medio,
y declara: "Yo, señor,
dije no saber si dentro
de la aldea había tropa,
y, que lo ignoraba, es cierto.

III

¡Pobrecita desdichada
que la van a castigar!
Un hombre y una mujer
han mandado fusilar.
Del coronel es la orden
que tienen que ejecutar.
Un joven de entre los hombres

han escogido al azar . . .
en la plaza sobre un banco
ya los han hecho sentar . . .
sobre ellos, ocho soldados
se disponen a tirar.

IV

¡Pobrecita que ya su niño
no lo mecerá;
como en una cuna dentro de su vientre
dormidito va;
así dormidito
se lo llevará . . .
Se lo llevará
a un mundo más bueno . . .
¡a un mundo de paz!

Y el hombre inocente,
aquel jovenzuelo tomado al azar
que las carnes como a un corderillo
temblándole están,
mira suplicante:
de sus ojos dos lágrimas puras
se ven resbalar . . .

Juntos en el banco,
juntitos están . . .
en el viaje triste
se acompañarán! . . .

La infeliz muchacha se tapa su rostro
 con el delantal . . .
 ¡solloza y su hijito dentro de su vientre
 dándole saltitos siente despertar! . . .

V

El pueblo solloza también consternado,
 impetrando perdón y piedad . . .
 De rodillas todos, implorando gracia
 del altivo y frío jefe militar,
 claman la inocencia
 de aquellos dos pobres que van a matar.
 El jefe inflexible cumple la consigna
 de su majestad:
 a su paso debe
 el terror y el espanto sembrar.

Suenan las descargas . . . Bañados en sangre,
 mártires benditos, en el suelo están.
 ¡Adiós, almas mías! Dichosos vosotros
 que vais a otro reino de amor y de paz . . .
 ¡dichoso aquel nene que se fué en el vientre
 santo de su madre
 y esta vida nunca la conocerá! . . .

¡Rataplán, rataplán, rataplán! . . .
 La sagrada consigna han cumplido
 y las tropas marciales se van . . .
 ¡Rataplán! . . . ¡rataplán! . . . ¡rataplán! . . .



¡GERMANÓFOBOS, NO!

No somos germanófilos... ¡pero tampoco germanófobos!...

Si algún remordimiento tiene nuestra conciencia, es el de cierta simpatía por los que aparecen menos culpables en este lamentable espectáculo que está dando la Humanidad... ¡Ni por unos ni por otros!... Por la paz y el amor de los hombres estamos.

Alguien nos dice que se exagera el rencor contra los alemanes, que son despedidos de sus empleos en bancos y casas de comercio... ¡Qué no van a dejar uno!...

Hombres serenos, hombres de vuestro hogar, madres de tiernos hijitos, ¿habéis pensado lo que es esto? Pues esto es una cosa peor que la guerra: es la negación de toda luz razonadora, la carencia de sentimentalismo, de noble generosidad y de piedad cristiana... ¡vosotros casi todos tan cristianos!...

¿No basta la guerra infame, que queréis esta otra guerra sorda del mundo entero, más infame todavía?

¿Habéis pensado en la tribulación angustiosa de esas razas maldecidas, perseguidas y arrojadas de todo amparo y refugio?

Vais a respondernos que es una piedad mal entendida la nuestra, que ellos todos son unos, que son en todas partes, en el templo, en las calles, en los hogares, en los negocios, hombres y mujeres, alemanes y alemanes por encima de todo, y por encima de todo espías y agentes y secuaces del kaiser.

Nosotros os decimos que el odio y la saña os ciegan a todos y que, enloquecidos, todo lo veis sangriento . . .

Esos alemanes, hombres y mujeres, tienen su hogar de paz y amor en una bendita tierra de paz y, al arrojarlos de sus empleos, que son el pan y la vida del hogar, lleváis a sus hogares en abominables represalias el estrago de la guerra también: el hambre, la miseria y la tribulación angustiosa de los perseguidos.

Y, además, pensadlo bien, ellos pueden ser inocentes como lo son tantas desdichadas víctimas de esta guerra infame. Volved a vuestra razón y a vuestro sentimiento, apartaos del encono y de las represalias y sed nobles y generosos, por la paz y el amor de los hogares y por los inocentes!



ORACIÓN

POR LOS CAÍDOS EN VERDUN

Le Temps, dice:

“Se sabe de buena fuente que el kaiser está resuelto a sacrificar no menos de 200.000 de sus mejores soldados para apoderarse de Verdun. Los cuerpos 5, 15, 3 y 18, los mejores del ejército alemán, asaltan temerariamente, yendo a una muerte segura bajo el fuego de los cañones franceses.”

París, 25-2-16.—*Le Petit Parisien*, ocupándose del ataque al norte de Verdun, dice lo siguiente:

“Cada pulgada de terreno ha sido barrida; cada punto donde se tenía colocado un cañón ha sido bombardeado con creces por los alemanes, pero la infantería francesa estaba tan espléndidamente abrigada en los subterráneos y los cañones estaban tan notablemente escondidos, que cuando las baterías cesaron de disparar y la infantería avanzó para atacarnos, entonces los franceses aparecieron y abrieron un fuego mortífero de ametralladoras, mientras los cañones derribaban olas tras olas de los alemanes, quienes avanzaban con dificultad y encarnizamiento, empujados por los revólveres de los oficiales.”

París, 26-2-16.—Telegrafía de Zurich, que los diarios alemanes ad-

miten las pérdidas sensibles sufridas por las tropas alemanas en Verdun y ponen al público en guardia contra ciertas esperanzas extravagantes.

La Gaceta de Francfort declara, que los alemanes combaten dentro de un mar de fuego en Verdun.

No se trata de un pueblo de por sí alzado en armas y que en su defensa heroica intenta el último desesperado esfuerzo...

¡No! Es el amo-rey quien ha llevado a su pueblo a la guerra y a quien, en su genialidad de guerrero, se le ocurre una última tentativa sobre la inexpugnable fortaleza... Se trata en todo caso de perder cien o doscientos mil hombres más y probar...

Y aquellos cien mil, doscientos mil hombres, no ya en una guerra estúpida, sino en un caprichoso intento muy problemático, en una insegura e infructuosa tentativa, en densas columnas y a paso de parada, amenazados por el revólver de los oficiales y ante la indiferencia olímpica de su rey, son mandados a la muerte...

¿Os imagináis los ayes desgarradores en aquellos hogares a donde ya no volverán esos hombres?



¡TRISTES DE LOS VENCIDOS!

¡Tristes de los vencidos!
¡más tristes cuanta más fué su arrogancia!
¡más tristes cuanto más fué su valor!
¡cuanto más elevados los caídos,
cuanta más es la altura,
más dolorosas las caídas son!

¡Tristes de los vencidos
que sentirán en la mejilla ardiente
hasta la gentileza
y generosidad del invasor! . . .
¡que en lo caballeresco
de éste porque humillados no se sientan,
han de sentir también humillación!

Tristes de los vencidos . . . ¡quienes fuesen!
¡Ellos cantaron himnos de victoria
y hoy rendidos se ven al vencedor;
ellos, los que soñaron
para su patria glorias y grandezas,
tienen su misma patria por prisión!

¡Tristes de los vencidos! . . . ¡Oh, su gesto
bravo de omnipotencia ante otro gesto
brutal dominador! . . .
¡Oh, la miseria de la estrecha jaula
de los recios barrotes,
cárcel de la grandeza del león!

¡ Tristes de los vencidos
que rugirán de rabia,
que gemirán de pena
bajo el yugo opresor! . . .

Aquellas contenidas furiosas explosiones,
aquella dolorosa reconcentrada y trágica
triste resignación! . . .

¡ Tristes de los vencidos
vejados, maltratados,
llevados en rehenes,
sufriendo la onerosa y vil contribución! . . .
¡ Hogares saqueados, mujeres ultrajadas,
torturados ancianos
y mutilados niños,
mártires fusilados en montón!

El triunfo será a costa
de la derrota de otros,
de lágrimas y sangre,
de muerte y de dolor . . .
¡ Tristes de los vencidos quienes fuesen!

Para aquellos que caigan,
para aquellos que sufran,
para aquellos que giman,
sean vuestra ternura y vuestra compasión . . .
¡ No hagáis gloria del triunfo,
ni aclamen vuestros vítores
cuando pase arrogante el vencedor!



LOS QUE VOLVAIS

Londres, 22.

Informaciones recibidas de Ostende anuncian que numerosas aldeas situadas en las inmediaciones de Philippeville y de Givet han sido incendiadas por las tropas alemanas.

Los habitantes de esas pequeñas localidades resistieron el avance de los germanos.

Las tropas, enfurecidas por la resistencia de los vencidos de las localidades destruídas, obligaron a cincuenta paisanos a que efectuaran los trabajos de enterramiento de las bajas y después les hicieron cavar la última trinchera, fusilando en ella a cuarenta y ocho. Los dos restantes, que fueron designados para enterrar a sus conciudadanos, quedaron prisioneros en poder de los alemanes.

La Nación, 23-9-14, Buenos Aires.

París, Octubre.

Un soldado vecino nuestro, que se ha batido en tierras de Roye, vuelve a su casa,

por razones de salud. Al entrar en el hogar, que acaso no pensaba volver a ver más, es tal su emoción, que le cuesta dar crédito a la verdad de su dicha. Nuestro hombre se despoja de su mochila, gira sobre sus talones, vuelve la carga a su espalda. . . Parece que está alelado, que no sabe lo que hace. Y así es. Sólo las palabras cariñosas de su esposa pueden devolverle la serenidad que falta a su espíritu.

Este soldado cuenta detalles terribles de la guerra. En la batalla de Roye, las trincheras francesas y alemanas no distaban más de noventa metros. Y bajo la lluvia de metralla, durante el furor del combate, interminable y encarnizado, nada era más difícil que prestar auxilio a los que caían. . . La voz del jefe ordenó que se dejase a los heridos, que se luchase con denuedo, pues la pérdida de un minuto o de un palmo de terreno, podía ser fatal.

Los dos ejércitos se combatían con furor, por encima y a través del muro que los cadáveres y los heridos iban formando con sus cuerpos, entre unas y otras trincheras. . . ¡Y qué espectáculo aquel!, dice el soldado. Lo que más daño le hacía, lo que desgarraba sus entrañas, eran los gritos desesperados, terribles, de los heridos, de los moribundos. . . Quién llamaba a voces a su madre, a su

hermana, a su esposa, a sus hijos. . . Algunos soldados de su mismo país, bretones como él, amigos suyos, llamábanle por su nombre, demandándole un socorro imposible.

Y el pobre hombre, llevábase las manos a la cabeza y exclamaba: “¡Qué gritos, señor, qué gritos más espantosos! Los llevo aquí, los estoy oyendo siempre. . . Y esos gritos no me dejan dormir, me impiden descansar”.

Un soldado vuelve herido a su hogar paterno. Su tristeza es tal, que su madre, advirtiéndola, le pregunta por qué está tan apesadumbrado. El soldado, con voz conmovida, hace a su madre este breve y doloroso relato:

“En el campo de batalla de Lys, entre Armentières y Warneton, hallamos dos heridos alemanes que nos llamaban, pidiéndonos auxilio. Hacia ellos nos dirigimos. De pronto, vimos que uno de ellos se metía la mano en el bolsillo. Creyendo que buscaba su revólver, hicimos fuego sobre él, y lo acabamos. Por curiosidad, fuimos a ver qué tenía en la mano. Y era. . . ¡el retrato y algunas cartas de su esposa que, sin duda, el infeliz quería confiarnos!”.



El pobre soldado llevaba este episodio clavado en el corazón, y hablaba de “un peso de conciencia”.

RENÉ LEVAL.

Soldados, los que el día de la paz anhelada
volváis de la guerra
y regreséis a la ciudad querida
o a la adorada aldea;
los que abracéis aún a vuestra madre
y a vuestra esposa o vuestra amada tierna,
cuando tristes pensaban ya no volver a veros,
así como vosotros el no volver a verlas. . .
los que tengáis hermanos, los que tengáis hijos,
y ese día os reciban como en día de fiesta;
los que, al regreso, vuestro hogar lo halléis
como nido al abrigo de tormentas,
no os ciegue el triunfo, ni la gloria os ciegue:
¡no olvidéis que no hay nada tan vil como la guerra!

Y cuando (alrededor hijos y deudos)
llegue el momento de contar proezas:
lo absurdo! lo insensato! hinchando corazones
con la odiosa semilla de la guerra:
banderas defendidas a costa de mil vidas
y a costa de mil vidas conquistadas banderas;
hechos gloriosos de matanza humana;
de destrucción e incendios hazañas estupendas. . .
Cuando hayáis de contar lo que la historia

llama brillantes páginas siendo páginas negras,
pensad en vuestro hogar, si hubiéseis muerto:
imaginad los cuadros de miseria . . .
y de los pobres viejos, de la infeliz esposa,
de los tiernos hijitos, la orfandad y la pena! . . .

Y entonces no contéis nada que incite
ni a gloriosas conquistas ni a revanchas sangrientas.
Serenamente, entonces, predicad a las gentes
odio contra la guerra;
predicad el más grande amor a vuestro prójimo,
contando la verdad triste y horrenda:
decid a vuestros hijos que cumpliendo
un deber insensato fuisteis a la pelea . . .
decidles pesarosos
que habéis tenido que incendiar aldeas
y campos con sus mieses
y ciudades enteras . . .
que a los que defendían sus hogares
los habéis fusilado sin clemencia;
que muchas criaturas
habéis dejado huérfanas,
sin hogar, sin amparo,
áterradas y hambrientas! . . .
Como santo evangelio decidles, confesando
la verdad y la afrenta,
¡que tenéis en las manos sangre de pobres víctimas
y el corazón enfermo de horrores y tristezas!



EJÉRCITOS DE LA CULTURA Y DEL TRABAJO

Los ejércitos, sin reportar beneficio alguno (está probadísimo en esta guerra), gravan a los pueblos de una manera enorme.

Pues bien: ¿por qué no hacemos una cosa nueva y práctica de los ejércitos?

¿Por qué no convertimos los ejércitos asoladores de la barbarie, los ejércitos de la muerte, en ejércitos de la cultura y del trabajo?

Hagamos un ejército grande de diez millones de hombres disciplinados, que en pie de guerra estén prontos a defender la integridad patria y que, mientras tanto y en pie de paz, en lugar de estar ociosos y arruinar al pueblo, trabajen y defiendan algo más sagrado que la integridad patria: la cultura, la enseñanza, la higiene, la ciencia, el arte, la industria y el trabajo.

El Estado tiene medios: forme ese ejército colosal y organícelo y divídalo en zonas y regiones con misiones de guerra y con misiones de paz, y todo activamente, febrilmente si se quiere.

Ese ejército moderno hará, en sus zonas, enseñanza obligatoria, tendrá en constante actividad sus ambulancias sanitarias, explotará todos los campos y tierras

y montes que sean latifundios, presionando con leyes fuertes de expropiación, creará industrias y aprovechamientos de saltos de agua, no habiendo necesidad de que sean manipulados en el extranjero nuestros aceros, hierros y demás metales y materias primas.

Ese ejército tenderá sobre el país una tupidísima red de ferrocarriles y amplísimas y bien cuidadas carreteras para automóviles, y estas vías de comunicación serán lo mismo estratégicas que industriales y comerciales.

Este mismo ejército, que también será armada, tendrá poderosos arsenales y astilleros, construyendo flotas de guerra y de comercio, que trabajarán constantemente surcando los mares con los productos del país y guardando las costas.

Esta misión de ejército moderno sería eficaz, útil y productiva; y este ejército podría producir, como una gigantesca empresa cualquiera, pingües ganancias que enriquecerían el tesoro público en vez de arruinarlo.



¡A LOS CAMPOS!

¡Sembradores, a los campos,
que es el día de la siembra
y esponjada y anhelante de semillas,
preparada está la tierra!

No dejéis pasar el día, que es hermoso, sembradores...
¡a los campos!... alborea,
¡y las tierras entregadas a la vida,
como vírgenes sagradas al fecundo espasmo tiemblan!

Echad pródigos al surco
la semilla sana y buena...
Confiad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos
¡y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosecha!

¡Sembradores, a los campos!...
Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres, y hondos surcos
han abierto los trabajos y las penas...

¡Sembradores de la vida, sembradores,
arrojad sobre los surcos las ideas!...
¡Confiad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos
y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosecha!



ÍNDICE

P., INDICA PROSA. — V., INDICA VERSO

	<u>Páginas</u>
V. — Cristo	7
P. — Los nenes que no tienen casa	10
V. — Voy con vosotros	12
P. — Los juguetes	14
V. — La voz del soldado	17
P. — Lo que traen los reyes	18
V. — Aunque es raro, ten por cierto	19
P. — Los animales y los hombres	21
V. — Canción de paz	24
P. — El pajarito	28
P. — El otro pajarito	31
V. — Los niños solos	36
V. — La guerra	37
P. — El gallo	42
V. — El corazón del soldado	46
P. — Siempre los hombres	49
V. — ¡Guerra a la guerra!	52
P. — La paz de los hombres	55
V. — ¡Pobres soldados!	58
V. — ¡Aquellos enjambres!	60
P. — La Navidad de la guerra	65
P. — Estrellita de Judá	70

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
V. — Es el tiempo de sembrar.....	72
P. — Dolor	75
V. — Vete para siempre.....	77
P. — Es cuestión de cultura.....	78
V. — El éxodo.....	81
V. — La madrecita.....	84
P. — Arma cristiana.....	86
V. — La consigna.....	90
P. — ¡Germanófobos, no!.....	95
P. — Oración por los caídos en Verdun.....	98
V. — ¡Tristes de los vencidos!.....	101
V. — Los que volváis.....	104
P. — Ejércitos de la cultura y del trabajo.....	111
V. — ¡A los campos!.....	114



FIN

Obras de Vicente Medina

EN PREPARACION

El Libro de la Paz

(La voz de los pastores.) — Prosa. — Páginas de combate, que resumen el trágico momento de la actual guerra bárbara del mundo. Este libro es la amplitud del grito desgarrador que el autor lanza en sus **CANCIONES DE LA GUERRA**. Forma un grueso volumen de mil páginas.

La Compañera

Poema - Poesía. La obra más íntima del autor, en donde se manifiesta su característica sentimental más honda y delicada.

I Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres...

II Hondos surcos han abierto
los trabajos y las penas...

III ¡Sembradores, a los campos
que es el día de la siembra!

Son tres volúmenes que contienen escuetamente las tendencias radicales del autor ante el desquiciamiento social: guerra, imperialismo, militarismo, nacionalismo.

Una buena parte del contenido de estos tres volúmenes, forma **EL LIBRO DE LA PAZ**, con acopio de juicios notables e informaciones, tomados de la prensa.

Sin rumbo

Versos escépticos.

Yo mismo

Autobiografía y preceptiva literaria.

A la buena de Dios

Filosofía ligera.

Vicente Medina, tiene material para algunos otros tomos en prosa y verso.

Correspondencia a **VICENTE MEDINA**
Entre Ríos, 958
ROSARIO DE SANTA FE
República Argentina



TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS

AYUN
DE
ARC
EST.
TAB.
N.º

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

3

A

23